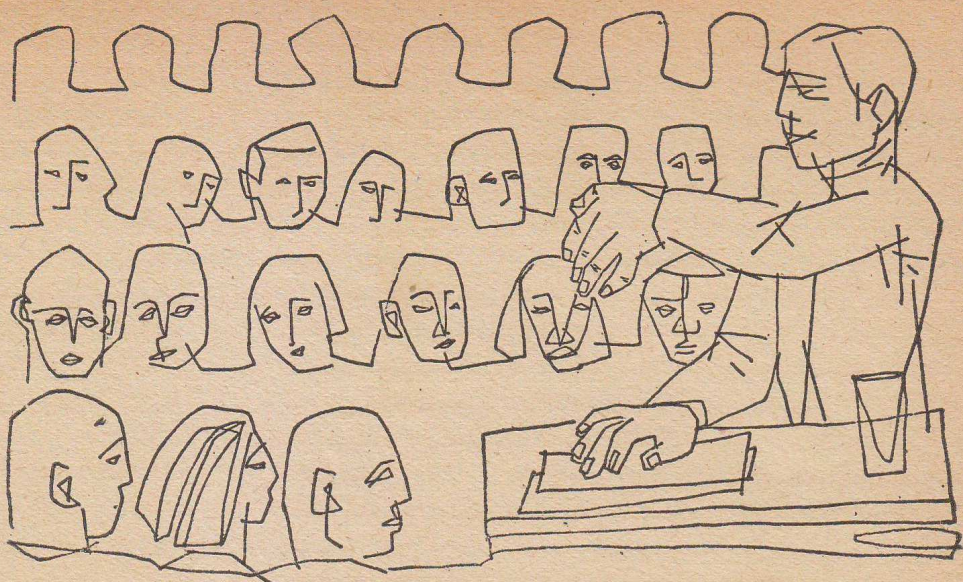


LO QUE SE DICE SOBRE EL EQUIPO DOMESTICO



Durante la Exposición se celebró un ciclo de conferencias sobre temas relacionados con el Equipo Doméstico. El texto de estas disertaciones, tan vario, ameno e interesante, se reproduce en las páginas de este número.

NECESIDAD DE LA BELLEZA EN LOS OBJETOS DE USO DIARIO

Miguel Fisac, Arquitecto

No sé si en el orden material-fisiológico nuestra posición es, como en el de la Gracia, de restauración o de perfeccionamiento; o sea, si Adán era un hombre perfecto desde el punto de vista físico o era un chimpancé distinguido. En cualquier caso, el medio, como muy sagazmente ha explicado el profesor Zubiri, es un factor esencial de la evolución. Si cogemos un pez e injertamos en el lomo sus ojos, obtenemos un monstruo, pero si un pez vive sobre un banco de arena el resultado—un lenguado—es una nueva forma animal. Nuestra vida actual tiene un medio que nos condiciona y participa de una manera esencial en nuestra evolución. Esta manera de vivir en nuestras ciudades puede conseguir que salte roto a pedazos nuestro sistema nervioso y que se llenen de enfermos mentales los sanatorios. Pero puede también producir un ser nuevo y repugnante, adaptado a toda esta monstruosidad y fealdad ambiente.

En un sentido esencialmente tomista existe una diferencia radical entre el bien y la hermosura, ya que el bien corresponde a una facultad apetitiva y la hermosura a una potencia cognoscitiva, pero no podemos olvidar la unidad de nuestra vida, que si científica o filosóficamente podemos dividir o analizar, tiene, sin embargo, una unidad absoluta y corremos el gravísimo peligro, heredado de generaciones anteriores, de hacer compartimentos estancos en cada una de las manifestaciones de nuestra vida y observar, por ejemplo, con toda complacencia una obra de arte prescindiendo en absoluto del horrendo ambiente de fealdad que le rodea; o sea, de juzgar y captar nuestros sentimientos por series. Ahora estamos en el momento de lo útil, después en el de lo bello. De esta forma nuestra vida no es más que una serie de compartimentos sin unidad y sin armonía. Schiller hizo observar que cuando algo deja de interesarnos como elemento vital, o, mejor

diríamos, como elemento útil, pasa en nuestra consideración a ser objeto estético. El quinqué, que era un cacharro útil en el siglo XIX, ha pasado en el nuestro a ser un objeto estético. No me extrañaría nada que dentro de unos años unos cordones eléctricos trenzados, cogidos con unos aisladores de porcelana y terminados en un portalámparas y una bombilla soplada a mano llegara a ser por los "decoradores" una especie de escultura espacial para salones elegantes.

Lo que indudablemente podría tener auténtica novedad en nuestro tiempo y una importancia insospechada sería conseguir una síntesis de nuestra vida y del medio que nos rodea; conseguir una jarra o un vaso que cumpliera con toda perfección la misión práctica que se le encomienda, pero que, de otra parte, tuviera una belleza, una expresividad plástica que cumpliera perfectamente también la misión necesaria de proporcionarnos un placer estético a la medida de nuestra necesidad humana. Se trata, en una palabra, de suprimir ese concepto, a mi manera de ver ridículo, de la decoración dentro del medio arquitectónico que nos rodea, para sustituirlo por verdadera arquitectura, que es sencillamente eso; solución de una necesidad humana elevada a arte, a belleza.

Cada vez estoy más convencido de que en la arquitectura, o se parte del hombre, o sea, o responde a una necesidad material y espiritual humana o no es arquitectura. Los grandes maestros de la arquitectura contemporánea nos han enseñado un gran repertorio de formas estéticas, pero creo que han dejado mucho en el tintero de las necesidades, de la utilidad práctica; en una palabra, de la funcionalidad auténtica que aquellas obras habían de tener. Sacrificar por un concepto determinado de belleza, de arte, preconcebidas unas necesidades auténticas de uso en los cacharros que nos rodean, en los muebles, en la arquitectura, en el urbanismo, es caer irremisiblemente en la decoración; es caer en lo extrahumano. Es utilizar la pintura o la escultura, artes plásticas también, pero de raíz totalmente distintas de la arquitectura, por verdadera arquitectura, y como consecuencia tergiversar y denigrar una y otras. Tal vez la misión esencial que nos toque a las generaciones posteriores a los genios de la arquitectura de nuestro tiempo sea la de llevar a un puerto auténticamente humano esas intuiciones un poco de visionarios que ellos han tenido. No se trata de ninguna manera de caer en un empirismo, que es confundir lo bello con lo agradable, ni tampoco en un racionalismo que sería confundir lo bello con lo bueno. Es sencillamente de llegar a la conjunción completa de síntesis de lo bueno, de lo útil, de lo bello, dándole a cada uno el lugar, la proporción y la jerarquía que les corresponde en toda la ordenación de los conjuntos que nos rodean.

No podemos perder de vista que esta síntesis estético-práctica podíamos decir, de todas las cosas que nos rodean, son esenciales en nuestra vida. Estamos acostumbrados a dar en la jerarquía de valores de nuestra vida una importancia desmesurada a funciones que realmente tienen poca importancia. Por ejemplo, sin que yo tenga nada en contra de los banqueros, las funciones por consiguiente de banca y bolsa, tan importantemente consideradas socialmente, resultarían ridículas con una visión menos materializada de nuestra vida. Nadie se puede imaginar a un bienaventurado en el cielo jugando a banquero ni a bolsista, pero sí jugando como un niño, y es que la expresión vital y estética del juego tiene en nosotros una auténtica jerarquía de importancia humana.

En este sentido despreciamos como cosa secundaria la belleza, la satisfacción estética que puedan proporcionarnos los cacharros, muebles y arquitectura que nos rodea. Efectivamente, tener el dinero suficiente para comer es una cuestión de vida o muerte, pero pasada esa primera necesidad para conseguir nuestra felicidad es indispensable que nos sepamos rodear y que también tengamos la ilustración suficiente para captar ese ambiente de serenidad, de belleza, que nos puede proporcionar la máxima felicidad en la tierra. Si hoy resistimos tanta butaca fea, tanta lámpara cursi, tanta calle destartada e inarmónica, es porque nos hemos embrutecido lo necesario para tolerarlos, pero no podemos ni imaginarnos siquiera la felicidad, inconsciente tal vez, que nos proporcionaría una existencia rodeada de todos estos elementos en su más justa expresión práctica y estética. Una vaca, en un maravilloso paisaje, se mantiene con la misma aparente indiferencia que en un horrendo establo. Pero la realidad es que al cabo del tiempo, al animal agradable, simpático, bello, podemos decir auténticamente "vaca", lo hemos transformado en un ser monstruoso, que viene a ser una especie de máquina de hacer leche: máquinas monstruosas de producir, de ganar dinero, de subsistir y de correr de un lado para otro, es lo que conseguiremos ser si no damos un frenazo a tiempo. Si no sabemos jerarquizar todos los elementos de la vida que nos rodea, haciendo unas poblaciones bellas a la medida de nuestra necesidad material y espiritual, unas viviendas que no desentonen de toda la belleza natural de que seamos capaces de rodearnos y unos utensilios todo lo prácticos y todo lo baratos que se quiera, insignificantes aparentemente, pero de una importancia máxima en nuestro desarrollo, no conseguiremos elevarnos a una perfección auténticamente humana y feliz, y caeremos en una deformación de monstruos, sin espíritu y sin auténtico sentido de la vida.